



Eduardo Montealegre Lynett

EL MUNDO COMO BIBLIOTECA 200 AÑOS- UNIVERSIDAD DE BONN

Jorge Luis Borges, poeta ciego como Homero, decía que los griegos inventaron la modernidad. Herederos de esa tradición cultural, los alemanes, desde hace más de doscientos años, han construido las bases de su riqueza sobre el poder del conocimiento. Una fuerza indestructible que ha contribuido a consolidar los pilares del mundo contemporáneo. Gracias al saber, han podido derrotar lo irracional, atajar el totalitarismo y consolidar un proyecto universal basado en la dignidad humana. Esos valores se irradian en la Universidad de Bonn. Un centro donde convergen el pluralismo y la tolerancia. El respeto por las ideas ajenas y las diversas concepciones del universo, son el faro que traza el camino a estudiantes de diversas culturas, creencias y religiones.

Como lo hacían los griegos antiguos, a los seminarios de la Universidad se asiste a dialogar. Sobre la base de la experiencia, la deliberación y el intercambio de argumentos, se construye la ciencia moderna. Físicos y poetas se reúnen en los mismos salones, en idénticas aulas, a pensar en el porvenir de la humanidad. Una comunidad de intelectuales, estudiosos de las leyes del universo y de los avatares de la sociedad en todas sus épocas, dialogan, conversan, intercambian opiniones sobre las galaxias y la belleza del arte. Esa es la Universidad de Bonn. Un centro del conocimiento donde se encuentran las más diversas concepciones.

En la última década del siglo XX -por invitación de la Fundación Alexander von Humboldt- llegué a la Universidad de Bonn, al Seminario de Filosofía del Derecho. Allí, juristas de diversas culturas – japoneses, coreanos, españoles, latinoamericanos- dialogábamos, entre otros temas, sobre la influencia de Kant y Hegel en la moderna teoría social. Aprendíamos, bajo la dirección de un grande del pensamiento -Günther Jakobs- cuáles eran los caminos secretos que nos llevarían a entender las claves del derecho contemporáneo. Con asombro, descubríamos que, los sistemas jurídicos están contruidos “en hombros de gigantes”. Tienen sus pilares en una tradición de dos mil años, que se inicia en Atenas y retoman los modernos.

Para un Latino, educado en la fantasía de sus escritores -Borges, García Márquez, Neruda-, acostumbrado a ver el mundo con los ojos de un poeta, no es fácil asimilar una cultura fundada en la razón y la técnica. Sin embargo, rápidamente me di cuenta que el mundo de Fausto, la combinación de la erudición y la magia, nos acercaba más de lo pensado a los silogismos Aristotélicos y a la retórica antigua. Un saber rescatado por los juristas alemanes para el derecho moderno, tal como lo hicieron los árabes medievales con los escritos de la metafísica mediterránea, originados en el mundo griego.

Era el mundo ideal: orden y caos, la combinación que mueve el universo. Es difícil para un jurista nacido en América Latina, entender desde la distancia las categorías que mueven el mundo de un teórico alemán. Sólo si nos acercamos a esa realidad basada en la razón, no en el “realismo mágico” o en el “verde limón” del mar Caribe, podemos interpretar el “verdadero” alcance de las profundas disquisiciones de sus científicos. Esa labor Quijotesca la conseguimos en la Universidad de Bonn. Caminando por los bosques cercanos a la ciudad, verdes en el verano, amarillos en el otoño,

entendimos que el derecho alemán es un espejo que refleja la organización de una sociedad. El camino es peligroso, transite a “propio riesgo”, se leía en los signos que precedían la entrada a la montaña en las tardes de invierno. Esa semiótica social, parecía una estructura del derecho para delimitar responsabilidades. Decenas de libros se encontraban sobre el tema en los anaqueles de las bibliotecas de “Juridicum”, sede de la facultad. Construcción teórica que uno vislumbraba, recorriendo los viñedos o presenciando las decenas de barcos blancos que transitaban el interminable río que recorre la ciudad.

Encontrar en los anaqueles de la Universidad textos inalcanzables, clásicos de siglos anteriores, quizá provenientes de algún monasterio medieval donde nacieron las universidades, traía a la memoria el cuento de Jorge Luis Borges (“La Biblioteca de Babel”), que concibe el universo como una gran biblioteca. Para un estudioso de América Latina, tener acceso a libros que nunca encuentra en sus salas de lectura, y recorrer los seminarios con sus libros propios, antiguos y modernos, resulta fascinante. Libros ahí, al alcance de todos, listos para que el lector le dé vida a un escrito concebido en medio de revoluciones y cambios de paradigmas. Es, tal vez, el mismo sentimiento que tiene un coleccionista de arte cuando encuentra una miniatura oriental de la época en que Dante escribió la Divina Comedia. En esas aulas puede uno encontrar, desde una copia centenaria de la biblia de Lutero, hasta el último escrito de Jürgen Habermas sobre teoría de la comunicación.

Cuando asistí en Bonn a las discusiones planteadas dentro del Seminario de Filosofía, tuve un privilegio: estudiar el derecho dentro de un sistema de pensamiento y pertenecer a una escuela teórica sólida, conceptualmente coherente. Una escuela edificada sobre bases filosóficas de gran calado. Escuchar no sólo al maestro, sino también a los estudiantes alemanes y a los becarios extranjeros, sobre sus áreas de investigación, es una experiencia que enriquece. Conocí el estado de muchos temas específicos, de actualidad en su época, con base en lo que me contaban mis compañeros. Ese contacto cercano, directo, me permitió tener una visión global de muchas discusiones que estaban muy lejanas para mí, lector aislado y desprevenido en América Latina. Los que adelantan estudios en Alemania, con la seriedad y el rigor que se requiere, tienen acceso inmediato a una comunidad académica que construye la ciencia desde diversos lugares del mundo.

Mis estudios en la Universidad de Bonn, me permitieron comprobar que una concepción teórica puede cambiar la realidad. Los diseños conceptuales del Tribunal Constitucional Alemán sobre derechos fundamentales, y de la ciencia, sobre teoría del derecho, han ejercido un influjo enorme en América Latina. Temas como el de las estructuras de imputación, desarrolladas por la academia penal alemana – la mejor del mundo- han servido de base en la investigación de violaciones masivas a los derechos humanos. Sirvieron, por ejemplo, en el juzgamiento de los militares argentinos por las desapariciones forzadas en la dictadura, en el caso Fujimori en el Perú, y para establecer la responsabilidad del superior por el hecho de los subordinados en el conflicto armado colombiano. Las dos experiencias alemanas de justicia transicional, en el siglo pasado, han servido de modelo –en muchos aspectos- para consolidar la paz en Colombia. El fortalecimiento de nuestras instituciones, con fundamento en la recepción de la ciencia alemana, es uno de los aportes más valiosos que hemos recibido en la historia de nuestra región.

La Universidad de Bonn no es sólo un entorno académico. Es también una proyección de vida. Un lugar para forjar amigos, tomar cerveza y escuchar música en las calles viejas de la ciudad; para bailar música popular en las poblaciones cercanas. Es un sitio para pensar cerca de la vendimia, como lo hacían los griegos mientras tomaban vino y hablaban de filosofía. El Banquete, de Platón, es una muestra de ello.

¡Felicitaciones a la Universidad de Bonn, por sus 200 años de historia!